

casta de libertad y civilización habían entrado en la ciudad. Y los negocios marchaban viento en popa; la garita era ya pequeña, y en su lugar se estableció una tienda. El género llegaba de todas partes, y no se expendía ocultamente, sino á la luz del sol, protegido casi por quien tenía interés en pervertir el sentido moral de la nueva generación.

Nuestro hombre calzaba relucientes botas, y su faz moquetada revelaba el estómago repleto y la satisfacción del negociante afortunado.

Un día pensó que, doblando las ganancias, podría fabricarse él mismo gran parte de las mercancías que hasta entonces encargaba á otros. Y dicho, hecho: el hombre de los pies desnudos, el vendedor de periódicos y estampas de toda clase se arroga el calificativo de *editor*, y llama á sí á todos los hambrientos errantes en el nuevo mundo literario-político.

¡Qué momento aquél!

Cientos y cientos de poetastros, de novelistas adocenados y de pornográficos encarecedores del vicio, inundaron su casa de manuscritos y dibujos. Él, aturdido de buenas á primeras, se encomendó al mayordomo, que suplía su carencia absoluta de instrucción; metió mano en aquel *mar de literatura* (es un decir), rasgó centenares de originales, y pasó á la tipografía, á su tipografía, los trabajos que, por el momento, eran más aceptables. Y la fortuna siguió favoreciendo al *editor*, como había favorecido al vendedor de periódicos.

Entonces cayeron sobre Italia, como un torrente, libros impíos, inmorales y estúpidos, semanarios, y revistas quincenales y mensuales, de todos tamaños, de todos colores y tratando todas las materias; estampas litografiadas y cromolitografiadas, de todas dimensiones, en las cuales el arte, la estética y la decencia, perdían á diario trozos de su vestido.

Dos ó tres *grandes* hombres, de verdadera fama, deslumbrados por el miraje de fortuna que iluminaba la cabeza del editor, consintieron en darle sus obras, cubriendo con su nombre toda la caterva de ignorantes que habían puesto cátedra de literatura en aquella casa.

Los cuartos llovían en ella, que tampoco fué bastante para tal comercio.

Un palacio era el sueño dorado del ex-vendedor, y también este sueño se realizó. Junto á una plaza, que podría llamarse Fuente de Trevi, estaba en venta un palacio. El editor desembolsa algunos cientos de miles de pesetas, lo compra, lo reforma y traslada á él las oficinas, la imprenta y los almacenes; y adelante en la publicación de todo género de material, escogido siempre entre lo más vulgarmente contrario á la religión y á la moral cristiana.